

y con qué amor amaría los hombres que así le eran encomendados? Cosas son estas tan grandes, y sobrepujan tanto la capacidad de nuestros entendimientos, que no hay que decir aquí, sino enmudecer y pasmar, conociendo qué tales es razón que sean las obras de la magnificencia divina, y de aquel Señor que como es incomprehensible en su naturaleza, así lo es en todas sus obras, y mas en esta.

Pues quien quisiere saber una cosa dignísima de ser sabida, que es la raíz y origen del amor de Cristo para con los hombres, sepa que esta es la grandeza de la caridad y obediencia que él tiene á su eterno Padre. Porque por eso nos amó, porque su Padre le mandó que nos amase con tan grande amor; como está dicho. ¿Pues con qué alegría aceptaría tal Hijo el mandamiento de tal Padre, de quien tales riquezas y tesoros de gracias habia recibido? Porque, como Sant Gregorio dice (c), cuanto con mayor fuerza la caridad sube á lo alto á amar á Dios, tanto con mayor lijereza desciende á lo bajo á amar al prójimo por amor de Dios. Pues por aquí entenderemos con cuánta fuerza revolvería á amar los prójimos encomendados por el Padre quien tan incomprehensible amor tenia al mismo Padre.

Otra causa hay tambien de la grandeza deste amor, que es aquella sed insaciable que el Hijo de Dios tenia de la gloria deste celestial Padre. Y porque la cosa que mas lo glorifica es la sanctidad de nuestras vidas, por eso deseaba él esta sanctidad, con un tan gran deseo, que no se puede con palabras explicar.

CAPITULO VI.

Cómo todas las perfecciones divinas resplandescen mas altamente en la Pasion de Cristo nuestro Señor que en todas las otras obras suyas; y primero de la bondad.

Por lo dicho se ve cómo la Pasion de Cristo nuestro Salvador sirve para la gloria de Dios (que es la primera cosa que propusimos), pues por ella quedaron las ofensas cometidas contra la divina Majestad perfectamente satisfechas, y por ella quedó Dios mucho mas honrado que con nuestras culpas ofendido.

Mas no solo por esta vía quedó él glorificado, sino porque en esta sagrada Pasion resplandescen mas todas las grandezas y perfecciones divinas, que en todas las otras obras suyas ayuntadas en uno, como al principio propusimos.

Y comenzando por la bondad (que á nuestro modo de entender es la mayor de las perfecciones divinas, y de que Dios mas se precia), ¿dónde resplandescer ella mas altamente que en la sagrada Pasion? Para cuya inteligencia conviene primero declarar cuál sea la condicion y naturaleza del bien. Esta es, como dice Sant Dionisio (a), ser comunicativo de sí mismo, y de todo lo que tiene; como lo vemos en el sol (que es nobilísima criatura), el cual comunica á todo el mundo la claridad de su resplandor, sin haber cosa que se esconda de su luz y de su virtud. Y cuanto la cosa fuere mas buena, y mas crecida en quilates de bondad, tanto será mas comunicativa de sí misma. De donde se sigue que como Dios sea summamente bueno, será summamente comunicativo de sí mismo y de sus perfecciones á todas sus criaturas, á unas mas, y á otras ménos, segun la capacidad y condicion dellas, como dice el mismo sancto.

(c) Lib. 7. Moral cap. 11. et in Evang. Homil. 30. (a) De Div. Nom. cap. 4.

Y por cuanto el hombre tiene en sí capacidad para ser bueno y bienaventurado, de aquí procede desear él summamente (quanto es de parte de su naturaleza) hacer á los hombres buenos y bienaventurados, como él lo es; y esto no por interese alguno que de aquí se le siga, sino por la condicion y naturaleza de su bondad. Esta es pues la que quiso él señaladamente manifestarnos en la obra de nuestra redempcion.

Mas aquí es de notar que hay dos grados excelentes de la perfecta bondad: el uno es hacer bien sin ningun linaje de interese ó respecto proprio, sino por pura y sola bondad; el otro es mas excelente, que es hacer bien, no solo sin interese, mas tambien con pérdida de hacienda, honra ó vida, etc. Y quanto mayor fuere esta pérdida, tanto declara ser mayor la bondad de donde ella procede. Pues este grado de excelentísima bondad nos declaró el Salvador en su sagrada Pasion. Porque (como dice Pedro Ravenas) poco pareció á la grandeza de su caridad comunicarnos sus bienes, si no la mostrara tambien en padecer nuestros males.

Mas porque él en quanto Dios no podia padecer (por ser la naturaleza divina inmutable), hizo para esto una cosa tan nueva, tan admirable y tan digna de tal bondad, que fué juntar consigo una naturaleza pasible y mudable, que fué la naturaleza humana, en la cual pudiese padecer lo que en la suya no podia.

Pues deste tan excelente grado de bondad trataremos aquí, no solo para confirmacion de la fe, sino para encender en el corazon de los fieles un grande amor y admiracion desta soberana bondad. Y por ser esta materia tan alta, conviene proceder en ella con algunos presupuestos, que serán como escalones para subir á la alteza della.

Entre los cuales el primero sea presuponer que el principio y fundamento de todos nuestros bienes es el conocimiento de nuestro Dios y Señor. Mas como en esta vida mortal no le podamos conocer en su misma esencia y hermosura, no tenemos otro medio para conocerle, sino por las obras y maravillas que ha obrado y obra en este mundo; las cuales quanto son mas excelentes, tanto nos dan mayor noticia de la excelencia de su Hacedor.

Pues como entre todas las obras de Dios la mas excelente sea la sagrada humanidad, síguese que ella es la que mayor conocimiento nos da de sus perfecciones y grandezas, y nos abre camino para entrar en el santuario de su divino pecho, y conocer las maravillas que hay en él. Y esto es lo que él nos declaró cuando dijo (b): Yo soy camino, verdad y vida; nadie viene al Padre sino por mí. Y por esto es muy al proprio figurada la sagrada humanidad por aquella escalera que vió en sueños el patriarca Jacob (c), que llegaba dende la tierra hasta el cielo, y tenia á Dios en lo alto della: para significar que de sus lomos habia de proceder esta sacra humanidad, que habia de ser escalera por donde los hombres habian de subir al conocimiento de Dios. Y esto es por lo que la Iglesia da gracias á Dios, diciendo que por el misterio de la Encarnacion del Verbo divino se da á los ojos de nuestra ánima una nueva claridad y luz para el conocimiento de las cosas divinas (d). Este pues sea el primer escalon desta escalera mística.

(b) Joan. 14. (c) Gen. 28. (d) In Præfatione Missæ Natal. Dom.

§. I.

Segundo escalon desta mística escala, que es la elevacion sobre toda bondad criada, para venir en conocimiento de la bondad divina.

El segundo sea, que quien quiere venir en conocimiento de la grandeza de la divina bondad, ha de apartar los ojos de sí mismo y de la bondad de cuantos santos ha habido en este mundo, por grandísimos que hayan sido, y de la bondad de todos los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y entender que es tan soberana y sobrepujante la divina bondad entre todas estas bondades criadas, y tan diferente dellas, que en comparacion della pierden todo su resplandor, y no lucen mas que una candelica pequeña ante el sol de mediodía. Lo cual significó el Salvador cuando dijo (e) que nadie era bueno sino solo Dios. De modo que así como la esencia y omnipotencia divina es incomprehensible, así lo es su bondad. Por donde como sería gran yerro medir el hombre el poder de Dios con todo el poder criado, así lo será medir la bondad de Dios con cualquiera otra bondad criada. Porque es ella una manera de bondad tan alta, tan soberana y tan diferente de todas las otras bondades, que sobrepuja á todas con infinito exceso. Esto nos denunció el mismo Señor por Esaías; porque despues de haber declarado este Profeta la grandeza de la misericordia de Dios para los que se convierten á él, habla luego el mismo Dios con los hombres, diciendo así (f): No son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos como los vuestros; porque cuan grande es la distancia que hay del cielo á la tierra, tan grande es la que hay entre mis pensamientos y los vuestros, y entre mis caminos y los vuestros. En las cuales palabras vemos cuán grande yerro sería querer los hombres estimar la bondad y misericordia de Dios por la suya, pues quanto es Dios mayor que el hombre, tanto son mayores todas sus grandezas y perfecciones que las del hombre.

Y porque esta obra de nuestra redempcion procedió toda de aquella summa é infinita bondad, conviene para esto tener algun conocimiento della. Para lo cual es de saber que todas las cosas criadas tienen sus propiedades naturales con que se diferencian unas de otras; como vemos que la propiedad de la tierra es descender á lo bajo, y del fuego subir á lo alto, etc. Pues aunque el Criador esté fuera de la órden de las criaturas, tambien tiene su propia naturaleza, la cual es estar siempre haciendo bien. Porque como él sea esencialmente la misma bondad, la propiedad natural de la bondad es, que así como el sol está siempre echando de sí rayos de luz, así ella está siempre comunicándose á sus criaturas, y haciéndoles bien. Siendo esto así, vea el hombre cuánta razon tiene de gloriarse por tener un tal Señor, cuya naturaleza es hacer siempre bien; y así verá con cuánta razon dijo el Profeta (g): Alegráos en el Señor, y gozáos los justos, y gloriáos en él los rectos de corazon. Este es otro presupuesto muy necesario para entender la causa del beneficio inestimable de nuestra redempcion, que no fué otra que esta misma bondad.

Mas aquí se ha de advertir que entre las perfecciones divinas que resplandescen en la obra de nuestra redempcion, las que mas se nos descubren, son su bondad, y caridad, y misericordia. Y por esto la sancta Escritura unas veces atribuye esta obra á la bondad, otras á la caridad, y otras á la misericordia; las cuales perfeccio-

(e) Luc. 18. (f) Esaí. 55. (g) Psal. 34.

§. II.

Resplandores de la bondad divina en esta obra de nuestra redempcion.

Presupuestos estos fundamentos, comenzaremos á declarar cuánto resplandescer la divina bondad en esta obra de nuestra redempcion. Dijimos que era proprio de la bondad comunicarse á todos, que es (tratando de los hombres) hacerlos buenos y bienaventurados. Y dijimos que el mas excelente grado de la bondad era padecer por hacer á otros buenos, y que quanto mas por esta causa uno padeciese, tanto nos descubria mas alto grado de bondad. Pues segun esto, deseando el Hijo de Dios hacernos tales cual él es (que es buenos y bienaventurados), vió que ningun medio habia debajo del cielo mas eficaz para esto, que bajar él del cielo á la tierra vestido de carne humana, y padecer en ella muerte y Pasion, por los inestimables frutos que desta Pasion se nos habian de seguir (de que adelanté se trata), y por los grandes ejemplos y motivos que por ella se nos dan para todas las virtudes, y por las grandes riquezas de gracias que por el mérito della se nos habian de conceder. Viendo pues él todo esto, vencido de la grandeza deste su amor y deseo, no hizo caso de tan pesada carga como tomaba sobre sí, sino de lo que tocaba á nuestro remedio. En lo cual nos descubrió claramente la grandeza de su bondad, ofresciéndose á padecer tan grandes trabajos, y á poner la vida por esta causa; porque como dijo el Salvador (h) que no habia mayor muestra de amor que poner el hombre su vida por sus amigos; así podemos decir que no hay mayor argumento de bondad que morir un hombre por hacer á otros buenos; y mas siendo la muerte acompañada con tantas maneras de injurias y dolores.

Siendo pues esto así, conviéenos agora considerar la grandeza de los trabajos y dolores que el Salvador padesció; y no solo esto, sino todas las otras circunstancias que en esta sagrada Pasion entrevinieron, como es la dignidad de la persona que padeció, y la indignidad de la persona por quien padeció, y la manera y causa del padecer. Porque todas estas cosas juntas declaran la grandeza desta Pasion. De las cuales cosas tratamos ya en el libro de la Oracion y Meditacion; mas aquí tocarémos algo brevemente dellas; porque en cada cosa destas tiene el varon devoto bastante materia en que poder apascentar su espíritu, y despertar su devocion.

Pues primeramente, quanto toca á la dignidad de la persona que padeció, levante el hombre los ojos á con-

(h) Joan. 15.

siderar la alteza y soberanía de aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, y de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, y de quien tiemblan las columnas del cielo, á quien engrandescen los ángeles, y adoran las dominaciones, y de quien tremen las potestades celestiales; el cual asentado sobre los querubines (i), mira los abismos, y tiene, como el Profeta dice (k), de tres dedos colgada la redondez de la tierra; cuyas riquezas, cuya gloria, cuya majestad es tan grande, que todo este mundo, y mil mundos que criase, no son mas delante dél, como dice el Sabio (l), que una gota del rocío de la mañana. Porque solo él es el que por sí mismo es, sin dependencia de nadie, y todo lo demas es porque él quiere que sea.

Despues que así hubiere levantado los ojos á lo alto, abájelos á considerar lo que este tan gran Señor por nuestra causa padesció. Lo cual brevemente declaran los sanctos doctores, determinando que los dolores que el Salvador padesció, fueron los mayores que jamas se han padescido ni padescerán (sacados los de la otra vida, porque estos son de otra condicion). De lo cual traen por indicio el sudor de su sangre, cosa jamas vista en el mundo. Y esto concluyen ponderando en particular todas las circunstancias que entrevinieron en su sagrada Pasion, y especialmente el haber padescido sin alguna consolacion divina ni humana. Lo cual no se puede decir de los mártires, porque saber ellos que acabada la postrer boqueada les estaba aparejada la corona, les era causa de grande esfuerzo y alegría. Y así muestra el Apóstol que se alegraba en sus trabajos, cuando dice (m): Lleno estoy de consolacion, y sóbrame el alegría en todas mis tribulaciones. Pero deste refrigerio quiso crecer nuestro clementísimo Redemptor. Y que esto sea así, pruébase claramente por esta razon. Porque él quiso por su propia voluntad padecer todos los dolores é injurias que en él se ejecutaron; y primero que las padeciese, las vió y las aceptó, y ofreció por nuestra salud á su Padre.

Pues siendo esto así, ¿cómo habia él de procurar consolaciones y consideraciones que mitigasen los dolores que él queria padecer? Porque esto fuera querer padecer, y no querer padecer, lo cual es imposible. Y esto mismo nos declaran aquellas lastimeras palabras con que el mismo Salvador acabó su vida en la Cruz, diciendo (n): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

Con esto se juntaba la delicadeza de su sacratísimo cuerpo, el cual como era formado por el Espíritu Sancto, así era el mas bien acomplecionado de todos los cuerpos, y por esto tenia los sentidos así exteriores como interiores mas vivos y mas sensibles, porque la perfeccion dellos es sentir; y así cuanto eran mas perfectos, tanto eran mas sensibles. Y allende desto la carne de Cristo era toda virginal, tomada de las purísimas entrañas de nuestra Señora; y así era mas tierna, mas delicada y mas pasible. Y para el que quisiere sentir algo de la acerbidad della, para levantarse por este medio al conocimiento de la divina bondad que á tales trances se ofreció por nuestra causa, da Sant Buenaventura un espiritual documento á los devotos desta sagrada Pasion (o): que es tomar una disciplina que duela y no haga daño, y levantarse por aquí á considerar cuánto

(i) Daniel 3. (k) Esai. 40. (l) Sap. 11. (m) 2. Cor. 7. (n) Matt. 27. (o) In Stimulo Divini Amor. lib. 1. cap. 1.

mas fué lo que aquel altísimo Hijo de Dios padesció por él. Y este mismo documento servirá tambien para entender algo de la fortaleza admirable de los mártires, y de la terribilidad de sus tormentos.

Y con la grandeza destes dolores parece que compiten las injurias é ignominias con que el Salvador fué escarnecido y deshonorado, llevándolo maniatado por las calles públicas, abofeteándolo, escupiéndolo, cubriéndole el rostro con un velo, dándole pescozones, y vistiéndole por escarnio, ya de blanco, ya de colorado, y haciendo los soldados farsa dél, como de rey fingido; y junto con esto ser cruelísimamente azotado, y sentenciado á muerte tan ignominiosa, y azotado en ménos que Barrabas, y pregonado por las calles públicas por malhechor, y en cabó crucificado entre dos ladrones; y está desnudo en presencia de todo el pueblo, y de su Madre santísima, y de todos sus amigos y conocidos, que lo estaban amargamente llorando, cuando los enemigos estaban riendo, escarneciendo y triunfando. ¿Pues qué cosa mas admirable, que ver aquella inmensa Majestad, adorada de los ángeles en el cielo, ser tan escarnecida y deshonrada en la tierra? ¿Qué cosa mas admirable, que padecer tales tormentos, y cerrar la puerta á todo alivio y consolacion que le pudiese venir del cielo ó de la tierra? ¿Qué cosa mas admirable, que haber querido este Señor juntar consigo una naturaleza mortal y pasible para padecer dolores en ella, por no poder padecerlos en la suya? Y sobre todo esto, ¿qué cosa mas admirable, que siendo el ofendido, convidar con la paz al ofensor, y ofrecer él de su parte la satisfaccion de la culpa, tomando en sí la pena della? ¿Quién jamas vió ni oyó cosas tan extraordinarias y tan grandes? Vea pues agora el ánima religiosa cuán grande piélagos de bondad y amor se le ofrece aquí, para nadar y sumirse en el abismo de tan grandes maravillas. Porque por eso dije al principio, que el que queria saber estimar la grandeza desta summa bondad, habia de apartar los ojos de todas las otras bondades criadas, para no medir por ellas la grandeza desta. Y acuérdesse siempre que como queda agotado el entendimiento humano cuando considera profundamente las obras de la sabiduría y omnipotencia de Dios (como parece en la obra de la creacion del mundo, y de la resurreccion general de los cuerpos), así es razon que quede cuando considera las obras de su bondad; pues no es él ménos bueno que sabio y poderoso, ni ménos quiere ser conocido por lo uno que por lo otro.

§. III.

Causas de la superabundante satisfaccion de Cristo, y redempcion copiosísima del género humano.

Mas agora veamos la causa que movió á este Señor á padecer tan exquisitos dolores, si por ventura fué algun linaje de interese que de aquí se le siguiese. Para responder á esto quiero presuponer una notable sentencia de Avicena, moro, referido por Sancto Tomas (p); el cual dice que solo Dios es propia y perfectamente liberal, y que en ninguna criatura está perfectamente esta virtud. Porque ninguna dellas hay que haga bien sin que de ahí se le siga algun interese; y basta para esto la perfeccion que la criatura adquiere cuando hace alguna obra conforme á su naturaleza, aunque no alcance por ella otra cosa. Mas solo el Criador tiene esta preeminencia, que con todo cuanto ha obrado y obra en este mundo, nin-

(p) 1. dist. 18. art. 5. in corp.

§. IV.

Decláranse tres causas principales de la grandeza de los dolores de Cristo nuestro Salvador.

Dijimos poco ha que la causa que movió al Salvador á redimirnos con tan grandes dolores, fueron los grandes é inestimables frutos que desta manera de remedio se nos habian de seguir, de que adelante se trata; mas al presente apuntaremos aquí tres muy principales. Y para inteligencia del primero conviene presuponer que (como dice Sant Máximo), la vida cristiana, si se ha de guardar conforme á las leyes del Evangelio, es una perpetua cruz. Lo cual declaran aquellas palabras que el Salvador, como refiere Sant Marcos (q), dijo á todo el pueblo: Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Tres cosas señala aquí el Salvador, y todas tres asaz dificultosas. Porque ¿qué cosa mas dificultosa que negar á sí mismo, que es contradecir á todos sus desordenados apetitos y propias voluntades; y tomar su cruz, que es poner haldas en cinta, y apartarse á los trabajos de la vida virtuosa, y seguir á Cristo; el cual en esta vida no caminó por camino de la vida regalada, sino áspera, humilde y trabajosa? Pues siendo esto así, con razon se dice que la vida cristiana es toda cruz.

Y la razon desto es, porque la vida cristiana es vida virtuosa; y la virtud está vestida de dificultad y trabajo. Porque así como es propiedad natural del fuego tener calor, así lo es de la virtud tener anexa dificultad; y donde esta no hay, no ponemos virtud. Por donde imaginó yo (aunque la comparacion sea humilde), que la virtud es como la castaña en el árbol, que está vestida de uno como erizo lleno de espinas; por lo cual el que quiere gozar del fruto deste árbol, ha de quitar primero las espinas con que él está cercado. Pues desta manera imagine el hombre que todas las virtudes están erizadas y cercadas de espinas, que es de la dificultad y trabajo con que están acompañadas; y que es necesario vencer y tragar esta dificultad para abrazar y ejercitar la virtud.

Y esta dificultad y trabajo nace de un grande tiranno y contrario que ella tiene, que es el amor desordenado de sí mismo, primogénito del pecado original, y la primera y mas vehemente de todas nuestras aficiones y pasiones, y la raiz de todas ellas. Este amor es capital enemigo de todo trabajo, y amigo de todo deleite y regalo, y cuanto á esto mas vehementemente nos inclina, tanto mas nos aparta de la virtud, que ama los trabajos, y aborresce los deleites y regalos. Por lo cual quien quiera que fuere enemigo del trabajo, bien se puede despedir de todas las virtudes; porque todas ellas están acompañadas y hermanadas con él.

Pues volviendo á nuestro propósito, cónstanos que el Salvador pretendia por medio de su sacratísima Pasion hacernos buenos, y sanctos, y amigos de la virtud, como él lo es. Vió pues él que la vida cristiana y virtuosa es una perpetua batalla contra este tiranno del amor propio, enemigo de toda virtud, y contra esta nuestra carne de donde él procede, que es la mayor enemiga que tenemos. Vió pues el Salvador cuán necesario nos era el trabajo para domar y mortificar esta carne, para que el espíritu y la virtud reinase en nosotros; y por eso el que tanto deseaba (como dijimos) que fuésemos virtuosos y sanctos, se quiso ofrecer á tantas maneras de trabajo.

(q) Marc.

jos; para que en su sagrada Pasion tuviésemos no solo gravísimos ejemplos, sino también grandísimos estímulos y motivos que nos incitasen á padecer algo por la salud propia, considerando cuánto quiso padecer el Señor de la majestad por la ajena. Esta es pues una causa de la grandeza de las pasiones del Salvador; de la cual se trata adelante en el capítulo xvii desta parte.

Otra es saber él que ninguna cosa hay debajo del cielo que mas le agrade que amar á Dios, y padecer trabajos por su amor. Porque constanos que el fin de toda la vida cristiana es la caridad, y la perfeccion della consiste en la perfeccion desa misma caridad; y entre los grados desta virtud, el mas alto es llegar á padecer alegremente trabajos por este Señor. Siendo esto así, ¿qué mayores estímulos y motivos se nos pudieran dar para lo uno y para lo otro, que los que se nos dan en esta sagrada Pasion? Lo cual en parte está ya declarado, y adelante se declarará mas.

A estas dos causas añado la postrera, como muy principal entre todas. Para lo cual se ha de presuponer que nuestro Dios y Señor viendo al príncipe deste mundo, que es el demonio, apoderado dél, adorado casi en todo él, con injuria del verdadero Dios, determinó echar fuera este tiranno, aunque armado y defendido con toda la potencia del mundo. Y esto pretendió él acabar, no con armas de hierro (porque no fuera honra suya plantar la fe con las armas que el príncipe de los herejes Mahoma dilató su mentira), sino con armas dignas de tal Emperador; que son armas divinas, fraguadas no en las herrerías de Milan por artificio humano, sino en el pecho de los santos mártires con el fuego del Espíritu Sancto. Estas armas eran fe firmísima, esperanza cierta de la corona, caridad inflamada, fortaleza invencible, constancia inexpugnable, y corazon generoso, despreciador de todas las prosperidades y adversidades del mundo.

Para entender lo que acerca desto hay mas que decir, conviene brevemente presuponer que ningunas lenguas, ni de hombres, ni de ángeles, bastan para declarar la sed ardentísima que el Salvador tenia de la gloria y honra de su eterno Padre, declarada en aquella sed corporal que padesció en la Cruz (r). Tampoco bastan estas lenguas para explicar cuán grandemente glorificaron los mártires á su Criador con la terribilidad de sus tormentos, con los cuales espantaron cielos y tierra, hombres y ángeles; y demonios. Pues como el Salvador deseaba tanto la gloria de su Padre, y veia cuán grande gloria se le daba con la fe y sangre destes fidelísimos y fortísimos caballeros, y entendia cuán grande esfuerzo y consuelo habían ellos de recibir en sus batallas con el ejemplo de su Pasion; por eso quiso él ir en la delantera con la bandera de la Cruz en la mano, y corona real de espinas en la cabeza, rasgadas las espaldas, y teñidas de sangre con los azotes, y con las llagas de piés y manos, para esfuerzo dellos.

§. V.

Aviso para los devotos.

Y porque no extrañe nadie lo que creemos y confesamos en el Credo, que es haber Dios padecido, muerto y sido sepultado; acuérdesse que Dios nuestro Señor en cuanto Dios, ni padesció, ni es posible padecer; mas padesció en cuanto era verdadero y perfecto hombre. Pero dícese haber él padecido, por haber él ayudado

(r) Joann. 19.

conigo la naturaleza humana, en un supuesto, que es en la persona divina; y porque las obras se atribuyen á las personas que las hacen, y en aquellas dos naturalezas no hay mas que una sola persona, que era la divina; por esto así las obras de la una naturaleza, como de la otra, se atribuyen á esta divina persona. Y porque no le espante la ignominia de la Cruz y de la Pasion, acuérdesse que este Señor como es perfecto Dios, así es perfecto hombre, como todos los otros hombres; y pues la mayor gloria que puede tener un hombre, es padecer muerte por Dios (como la padecieron los mártires), no era razon que esta faltase al capitán y señor dellos, y al Sancto de los santos; pues era verdadero hombre, y podía con su muerte glorificar á Dios como ellos, y mucho mas que ellos. Y en testimonio desta gloria quiso él que las señales della se estampasen no en otros reposteros que en sus sagrados piés, y manos, y costado. Y así tendrémos este aviso: que cuando quisiéremos concebir en nuestras ánimas una grande admiracion y amor deste Señor, en cada una de sus pasiones y injurias habemos de traer á la memoria que ese que padeció es Dios, Señor de cielos y tierra. Mas cuando el demonio nos tentare, diciéndonos que es cosa indigna de tan grande Majestad padecer tales cosas, debemos acordarnos que él era verdadero y perfecto hombre; pero el mas sancto de los hombres, y no era razon (como decimos), que al mas Sancto de los santos faltase esta tan grande gloria de padecer por Dios.

Y esta fué la causa por que él quiso que su inocentísima Madre se hallase presente al pié de la Cruz, y padeciese el mayor de los dolores que ninguna pura criatura padesció. Porque como la causa del dolor sea el amor, como aquel su amor fué el mayor de los amores, así este fué el mayor de los dolores. Porque las cuatro llagas que padescia el Hijo dulcísimo en su cuerpo, eran cuatro puñaladas que ella padescia en su ánima; y la quinta (que fué la lanzada) ella la sintió, y no él. Y demas desto, cada martillada que los sayones daban en los clavos que hincaban en los piés y manos del Hijo, era un puñal que hincaban en el corazon de la Madre; y así cuantas martilladas ellos daban en los clavos, tantos eran los puñales que hincaban en aquel piadosísimo y amantísimo corazon.

Y para que las ánimas devotas sientan algo de la grandeza deste dolor, usaré para esto de un ejemplo. Pocos dias ha que en esta ciudad degollaron un mancebo por justicia, y pusieron su cabeza en un lugar público. Tenia este mancebo madre; la cual vencida con la impaciencia del dolor, fué á ver la cabeza del hijo, á la cual dijo mil lástimas, como madre lastimada. De ahí se fué á su casa: donde fué tan traspasada de dolor, que ese mismo dia espiró. Esto hizo la vehemencia del amor de madre á hijo, aunque hijo culpado. Piense pues agora el ánima religiosa cuánto mayor sería el amor de la Virgen sanctísima para con su Hijo, y mas tal Hijo, al cual vió ella con sus ojos desnudo en una Cruz, colgado de tres clavos, y despues alanceado; y sobre todo esto lo tuvo así muerto entre sus virginales brazos. Pues ¿adónde podrémos imaginar que llegaría este dolor, que tantos años ántes le profetizó Simeon (s)? Ciertamente así como cuando el Salvador ántes de su Pasion dijo (t): Triste está mi ánima hasta la muerte; dió á entender que aquel dolor bastará para causarle la muerte, si él no lo

(s) Luc. 2. (t) Matt. 26.

impidiese: así podemos con verdad decir que este dolor de la Virgen bastara para lo mismo, si Dios no la guardara para el bien de su Iglesia.

Donde se debe mucho considerar en este paso que todos estos dolores quiso el amantísimo Hijo que ella padeciese, no por sus pecados (que no los tenia), ni por los del mundo (porque la Pasion dél bastaba), sino porque á la mas Sancta de las sanctas no faltase la mayor gloria que los sanctos tuvieron: que fué padecer grandes dolores por Dios. Porque cuanto esta obra es mas costosa, tanto es de mayor merecimiento, y tanto mas declara la fineza de la virtud y la perfeccion de la caridad.

CAPITULO VII.

Cómo en la sagrada Pasion resplandescen singularmente la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres.

Despues de la bondad síguese la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres, la cual procede desa misma bondad. Y esta resplandescen tanto en el misterio de la Encarnacion y Pasion de nuestro Señor, que á ella señaladamente atribuyen los sanctos, y mas particularmente Sant Augustin, la causa destes misterios (a). Porque el Salvador venia á encender fuego de amor en la tierra, como él mismo dice (b), y entendia que el mayor incentivo deste fuego era mostrarnos él la grandeza de su amor. Lo cual prueba este sancto por ejemplo del amor profano; porque los que con este amor desean ser amados, todo su estudio ponen en declarar á la parte el grande amor que le tienen. Pues esto hizo nuestro clementísimo Redemptor, mostrando á los hombres la grandeza del amor que les tenia, en esta obra tan llena de amor. Por lo cual señaladamente se atribuye la obra de la Encarnacion al Espíritu Sancto, porque él es esencialmente amor.

Para tratar pues deste divino amor, declarémos aquí dos grados ó diferencias dél. Para cuya inteligerencia se debe presuponer que así como señalan los sanctos dos maneras de gracias, una que llaman preveniente (con que nuestro Señor previene al hombre para que salga del pecado, y sea justificado), y otra que llaman subsecuente (que es la que le acompaña despues de justificado para que haga buenas obras, y viva como hijo de Dios), así podemos imaginar en nuestro Señor dos amores, uno preveniente y otro subsecuente; porque aunque en él no haya primero ni postrero, pasado ni venidero (pues todas las cosas le están presentes); mas nuestro entendimiento halla esta orden y consecuencia en la misma naturaleza de las cosas, aunque en él no la haya. Y así ponemos en él éstos dos amores: conviene saber, amor preveniente (que es el que tuvo á los hombres ántes de la gracia de la redempcion, cuando determinó por su sola bondad redimirlos), y otro amor que podemos llamar subsecuente, que es el que les tiene despues de ya redimidos, y sanctificados, y hechos participantes de su espíritu, que es otra causa deste amor. Pues destes dos amores tratarémos aquí; porque ambos son eficacísimos para abrasar los corazones en el amor deste Señor que así nos amó.

Pues cuán grande caridad y misericordia haya sido amarnos el Señor (que es determinar de enviarnos remedio), estando contaminados con todos los pecados, encarece el Apóstol por estas palabras (e): Apénas se

(a) De Cath. Rudib. cap. 4. tom. 4. (b) Luc. 12. (c) Rom. 5.

hallará (dice él) quien quiera morir por dar vida á un justo: aunque podria ser hallarse por darla á un bueno que fuese aventajadamente justo. Pero en esto nos declaró Dios la grandeza de su caridad: que no siendo tales, sino contaminados con mil maneras de pecados, Cristo quiso morir por los que tales éramos.

Pero muy mas á la larga amplifica él este summo beneficio, considerando esta indignidad de las personas á quien fué hecho, escribiendo á los de Efeso estas divinas palabras (d): Estando vosotros muertos en vuestras maldades y pecados, viviendo conforme á las leyes y costumbres deste mundo, y del príncipe dél, que es el demonio (el cual obra en los corazones de los hijos de la desconfianza, que son los hombres perdidos y desalmados), y viviendo conforme á los apetitos y deseos de vuestra carne, de la manera que nosotros tambien algun tiempo vivimos; por lo cual éramos hijos de ira; esto es, enemigos de Dios, y sentenciados á muerte; estando pues en este miserable estado, Dios que es rico en misericordias, por la grandeza del amor que nos tuvo, estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos resuscitó y dió vida en Cristo (por cuya gracia sois salvos), y nos asentó en los cielos con él; para mostrar en los siglos advenideros las riquezas abundantes de su gracia, y de la bondad de que usó con nosotros por Cristo. En las cuales palabras vemos ayuntadas en uno aquellas tres divinas perfecciones que dijimos: misericordia, caridad y bondad. Por las cuales fué determinado en el consistorio de la sanctísima Trinidad que se hiciese este summo beneficio á los que no solo no lo merecian, mas ántes totalmente lo desmerecian por la muchedumbre de sus maldades. Por lo cual podrán juzgar los hombres cuánto deben amar á aquel Señor, que siendo ellos tan malos y capitales enemigos suyos, los previno con su misericordia, determinando hacerles este summo beneficio. Y desta prevencion divina se aprovecha el evangelista Sant Juan (e) para exhortarnos al amor de nuestro Redemptor, alegando que él primero nos amó; esto es, que determinó dar remedio á los que estábamos perdidos; ántes del cual no podiamos nosotros, siendo hijos de ira, amarle meritoriamente, sin que él primero nos diera facultad para ello con la gracia de la redempcion. Y esto es lo que él encarece por el mismo Sant Juan con estas divinas palabras (f): De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él á su unigénito Hijo. Y darlo fué entregarlo á los mayores dolores que jamas se han padecido. Si dijera que lo dió solamente por rey, ó por maestro, ó por ejemplo y dechado de todas las virtudes (como de hecho lo dió), no nos maravilláramos tanto; porque natural cosa es de aquella summa bondad hacer bien, y comunicarse á sus criaturas; mas darlo fué entregarlo á los mayores dolores y deshonras que se han visto. Esto es lo que suspende en una grande admiracion todos los entendimientos que esto saben ponderar. Porque no fué otra la causa desto, que conocer el eterno Padre los grandes y inestimables bienes que de aquí se seguian al hombre. De modo que amó tanto, y deseó tanto nuestros bienes, que no se le hizo caro comprarlos con la sangre y muerte de su unigénito Hijo.

Crece aun esta admiracion si consideráremos cuáles eran los hombres que él así quiso remediar. Lo cual se entenderá por la infinitad de pecados con que el mundo estaba contaminado, considerándolo ántes que fuese par-

(d) Ephes. 2. (e) 1. Joan. 4. (f) Joan. 3.